

Septimo Domingo de Pascua (20/05/2007)

Textos bíblicos (Tomados de La Biblia de La Casa de la Biblia)

Primera Lectura: Hch 1,1-11

Ya traté en mi primer libro, querido Teófilo, de todo lo que Jesús hizo y enseñó desde el principio hasta el día en que subió al cielo, después de haber dado sus instrucciones bajo la acción del Espíritu Santo a los apóstoles que había escogido.

Después de su pasión, Jesús se les presentó con muchas y evidentes pruebas de que estaba vivo, apareciéndoseles durante cuarenta días y hablándoles del reino de Dios.

Un día, mientras comían juntos, les ordenó:

–No salgáis de Jerusalén; aguardad más bien la promesa que os hice de parte del Padre; porque Juan bautizó con agua, pero vosotros seréis bautizados con Espíritu Santo dentro de pocos días.

Los que lo acompañaban le preguntaron:

–Señor, ¿vas a restablecer ahora el reino de Israel?

Él les dijo:

–No os toca a vosotros conocer los tiempos o momentos que el Padre ha fijado con su poder. Vosotros recibiréis la fuerza del Espíritu Santo, que vendrá sobre vosotros, y seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria y hasta los confines de la tierra.

Después de decir esto, lo vieron elevarse, hasta que una nube lo ocultó de su vista. Mientras estaban mirando atentamente al cielo viendo cómo se marchaba, se acercaron dos hombres con vestidos blancos y les dijeron:

–Galileos, ¿por qué seguís mirando al cielo? Este Jesús que acaba de subir de vuestro lado al cielo, vendrá como lo habéis visto marcharse.

Salmo Responsorial: Sal 46,2-3.6-9

R/ Dios asciende entre aclamaciones; el Señor, al son de trompetas.

¡Pueblos todos, aplaudid; aclamad a Dios con voces de júbilo!

Porque el Señor es grande y temible, es el rey de toda la tierra.

Dios asciende entre aclamaciones; el Señor, al son de trompetas:

¡Tocad para Dios, tocad; tocad para nuestro rey, tocad!

Porque Dios es el rey de toda la tierra: ¡tocad con destreza!

Dios reina sobre las naciones, Dios se sienta en su santo trono.

R/ Dios asciende entre aclamaciones; el Señor, al son de trompetas.

Segunda Lectura: Heb 9,24-48; 10,19-23

Por eso Cristo no entró en un santuario construido por hombres –que no pasa de ser simple imagen del verdadero–, sino en el cielo mismo, a fin de presentarse ahora ante Dios para interceder por nosotros. Tampoco tuvo

que ofrecerse a sí mismo muchas veces, como el sumo sacerdote, que entra en el santuario una vez al año con sangre ajena. De lo contrario, debería haber padecido muchas veces desde la creación del mundo, siendo así que le bastó con manifestarse una sola vez, al fin de los siglos, para destruir el pecado con su sacrificio. Y así como está decretado que los hombres mueran una sola vez, después de lo cual vendrá el juicio, así también Cristo se ofreció una sola vez para tomar sobre sí los pecados de la multitud, y por segunda vez aparecerá, ya sin relación con el pecado, para dar la salvación a los que lo esperan.

Así pues, hermanos, ya que tenemos libre entrada en el santuario gracias a la sangre de Jesús, que ha inaugurado para nosotros un camino nuevo y vivo a través del velo de su carne, y ya que tenemos un gran sacerdote en la casa de Dios, acerquémonos con corazón sincero, con una fe plena, purificado el corazón de todo mal de que tuviéramos conciencia, y lavado el cuerpo con agua pura. Mantengámonos firmes en la esperanza que profesamos, pues quien nos ha hecho la promesa es digno de fe.

Evangelio: Lc 24,46-53



Y les dijo:

–Estaba escrito que el Mesías tenía que morir y resucitar de entre los muertos al tercer día, y que en su nombre se anunciará a todas las naciones, comenzando desde Jerusalén, la conversión y el perdón de los pecados. Vosotros sois testigos de estas cosas. Por mi parte, os voy a enviar el don prometido por mi Padre. Vosotros quedaos en la ciudad hasta que seáis revestidos de la fuerza que viene de lo alto.

Después los llevó fuera de la ciudad hasta un lugar cercano a Betania y, alzando las manos, los bendijo. Y mientras los bendecía se separó de ellos y fue llevado al cielo. Ellos, después de postrarse ante él, se volvieron a Jerusalén rebotando de alegría. Y estaban continuamente en el templo bendiciendo a Dios.

1. Los Hechos comienzan aquí, con la misión dada a los discípulos en la conclusión del Evangelio de Lucas (Evangelio de hoy).

— El Reino se ha puesto en marcha, imprevisiblemente, con la muerte del Mesías y su resurrección.

— Así como el punto de partida fue Nazaret, ahora va a ser Jerusalén.

— Jesús permanece para siempre con los suyos, pero no como Alguien poseído, sino creído, esperado y amado. Su presencia es la del Espíritu Santo, encargado de incorporarlos por el bautismo a su muerte y resurrección, de convertirlos por la Fe a su Palabra y de fortalecerlos para ser sus testigos desde Jerusalén al mundo entero.

— La alegría y la comunión fraterna será la señal, en sus conciencias, de que el Reino ha comenzado ya. Alegría, incluso, en la persecución por el Evangelio.

2. ¿Qué sientes al celebrar esta fiesta?

¿Te alegras de haber conocido a Jesús y de ser su discípulo?

¿Te sientes implicado, gozosamente implicado, en la misión recibida de ser su testigo, o lo miras. desde la barrera, como que eso no puede ser para ti, que no terminas de creértelo?

¿Te parece que conlleva un estilo diferente de vida, renunciás y opciones, o que se te da realizar la misión en tu vida ordinaria?

3. Lo más difícil es creer que Dios se haya fijado en mí.

¿Es que Pedro, Andrés, Santiago... eran especiales?

No, el Señor Resucitado no necesita superhéroes, sino gente sencilla que, a la vez que se sorprende, agradece, que no pregunta y está disponible, que siente miedo y confía...

Como María. Ella estuvo en el origen de esta historia, en Nazaret (Lc 1), y en el impulso definitivo por el que nada podrá detenerla, en Jerusalén (Hech 1).

Testamento de Siena

59. En los días y en la misma celda en que el bienaventurado Francisco había dicho estas cosas al señor Buenaventura, una tarde sintió ganas de vomitar debido a sus males de estómago. Los esfuerzos que hizo fueron tan grandes, que empezó a echar sangre, y continuó echándola durante toda la noche hasta la madrugada.

Viendo sus compañeros que casi moría por la debilidad y por los dolores de la enfermedad, con inmensa pena y llorando le dijeron: «Padre, ¿qué quieres que hagamos? Bendícenos y bendice a todos tus hermanos. Deja también a tus hermanos un memorial de tu última voluntad, para que, si el Señor quiere llevarte de este mundo, tus hermanos puedan decir y recordar: "Estas son las palabras que nuestro Padre dijo a sus hijos y hermanos al morir"».

Y él les dijo: «Que se acerque a mí el hermano Benito de Piratro» (13). Este hermano era sacerdote, prudente y santo y antiguo en la Religión. En algunas ocasiones celebraba la misa para el bienaventurado Francisco en aquella celda, pues el Santo, aunque enfermo, de buen grado quería oír devotamente la misa siempre que le era posible.

Acercándose el hermano, el bienaventurado Francisco le dijo: «Escribe que bendigo a todos mis hermanos, a los que están en la Religión y a los que vendrán a ella hasta el fin del mundo». El bienaventurado Francisco tenía por costumbre en tiempo del capítulo, cuando los hermanos estaban reunidos, al final del mismo, bendecir y absolver a todos los hermanos presentes y a los demás que estaban en la Religión, y bendecía también a los que en lo venidero habían de entrar en ella. Y no sólo lo hacía en los capítulos, sino también en otras muchas ocasiones bendecía a todos los hermanos que vivían en la Religión y a los que habían de ser sus miembros. El bienaventurado Francisco continuó: «Ya que la debilidad y los dolores de mi enfermedad me impiden hablar, voy a dejar expresada a mis hermanos mi última voluntad en tres frases: que, en señal del recuerdo de mi bendición y testamento, se amen y se respeten siempre unos a otros; que amen y respeten siempre a nuestra señora la santa pobreza; que sean siempre fieles y sumisos a los preladados y a todos los clérigos de la santa madre Iglesia».

Recomendaba a los hermanos que temieran y evitaran el mal ejemplo. Por fin, maldecía a aquellos que con sus perversos y malos ejemplos fuesen causa de que los hombres hablen mal de la Religión, de la vida de los hermanos y de los buenos y virtuosos hermanos, que por eso sufren vergüenza y aflicción (14).